



Carlos V, primogénito de Juana I de Castilla y heredero de los reinos de España y el solio imperial germano.

PAVÍA, 1525

El gran triunfo de Carlos V en Italia

Se cumplen 500 años de la célebre batalla que contribuyó a sentar las bases de la hegemonía militar hispánica en Europa

EN 1521, el mundo occidental estaba a punto de asistir a un nuevo capítulo del enfrentamiento entre las monarquías de España y Francia, que volvió a tener en Italia uno de sus principales escenarios.

La ascensión del rey hispánico Carlos I al solio imperial bajo el nombre de Carlos V no había sido bien recibida por el monarca francés Francisco I, que trató de resarcirse con la invasión de Flandes —entonces, parte de la corona hispana— y el apoyo al pretendiente de la Casa de Albret, originaria del sur de Francia, a recobrar el trono de Navarra.

Ambos propósitos fracasaron. Además, las fuerzas imperiales arrebataron a Francia las plazas italianas del Milanesado tras su victoria, en 1522, en la batalla de Bicoca (RED n. 400), y llegaron a invadir la Provenza, en suelo franco.

Sin embargo, Francisco I consiguió revertir la balanza y entró en el norte de Italia con un ejército de 30.000 hombres, ocupando Milán sin resistencia el 25 de octubre de 1524.

CONTEXTO PREVIO

El emperador había confiado la defensa de Lombardía a Carlos de Lannoy, virrey de Nápoles; a Fernando de Ávalos, marqués de Pescara, y al condestable Carlos de Borbón, noble francés que se había enemistado con su soberano y pasado a las filas imperiales.

La situación de las tropas del César era delicada, pues se habían visto obligadas a abandonar la capital milanesa ante la presión francesa e instalado en Lodi, en la margen izquierda del río Adda, un afluente del Po.

El principal bastión carolino en la riba contraria era la plaza de Pavía,

defendida por el español Antonio de Leyva con cerca de 5.000 soldados, la mayoría, mercenarios alemanes.

En lugar de perseguir a los imperiales hacia el Adda, Francisco I decidió dirigirse a los dominios de Leyva con un poderoso tren de artillería y el grueso de su ejército, reforzado con suizos e italianos.

OBJETIVO: RENDIR PAVÍA

Repetidas ocasiones intentaron los franceses asaltar la plaza por distintos puntos, pero fue en vano. Además, los trabajos de asedio se vieron entorpecidos por las lluvias torrenciales que provocaron la crecida del Tesino, el río que bañaba las murallas pavianas.

Impaciente, el monarca francés ordenó un asalto general, que también fracasó, a mediados de noviembre de 1524. No obstante, no perdía la esperanza de que la ciudad cayera por el

HISTORIA



Óleo sobre tabla del siglo XVI que recrea el combate librado el 24 de febrero de 1525 a las puertas de la ciudad italiana de Pavia y en el que jugó un papel decisivo la infantería española de Carlos V; debajo, escenario del enfrentamiento plasmado cuatro años después del enfrentamiento por el pintor Rupert Heller y grabado que evoca la rendición del rey francés Francisco I a las fuerzas imperiales.



Rupert Heller



dib:

E. Varela lit.

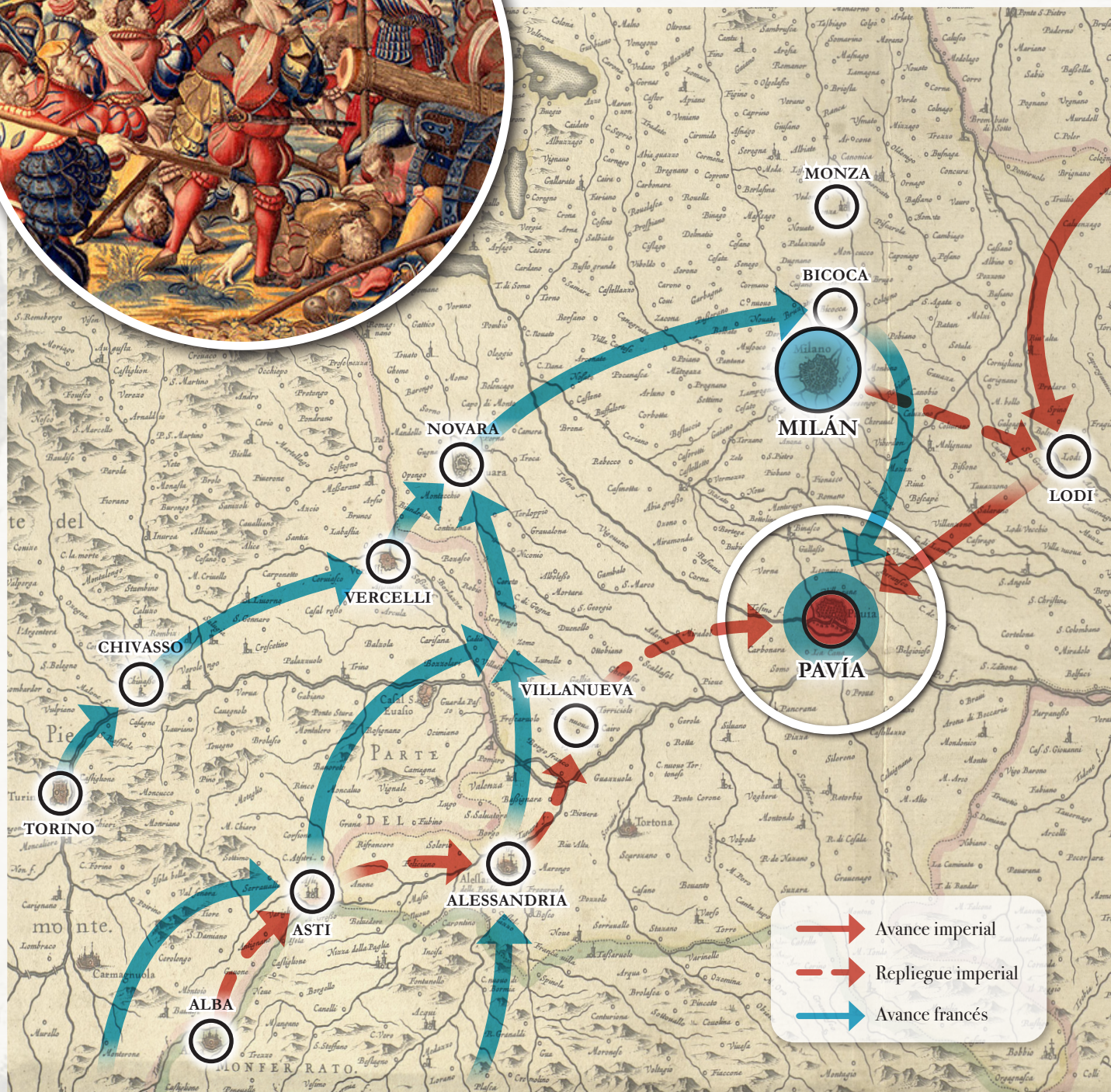
BATALLA DE PAVIA.
Francisco 1º de Francia se entrega prisionero.

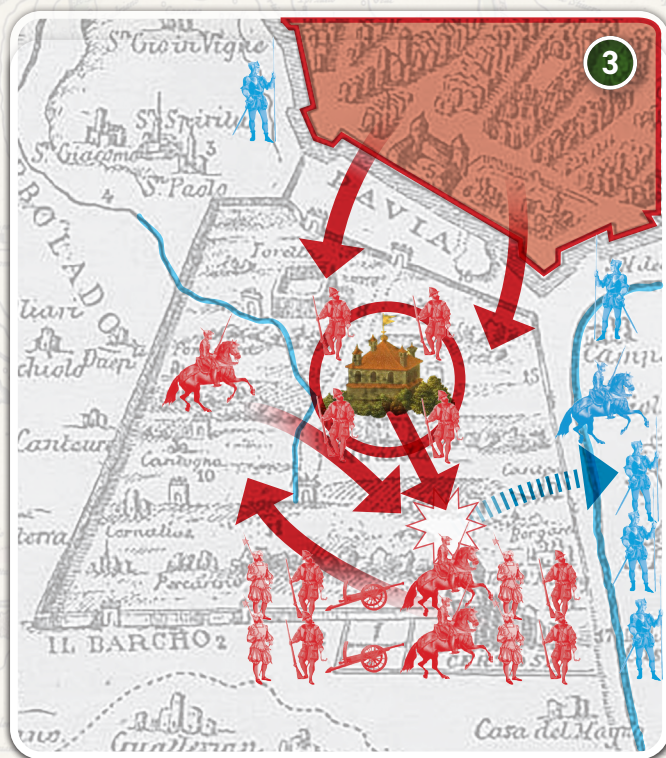
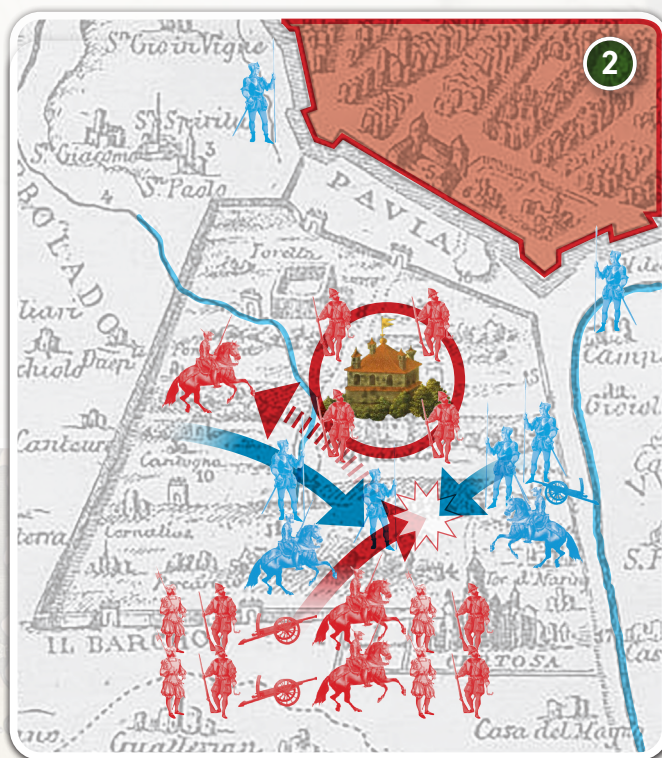
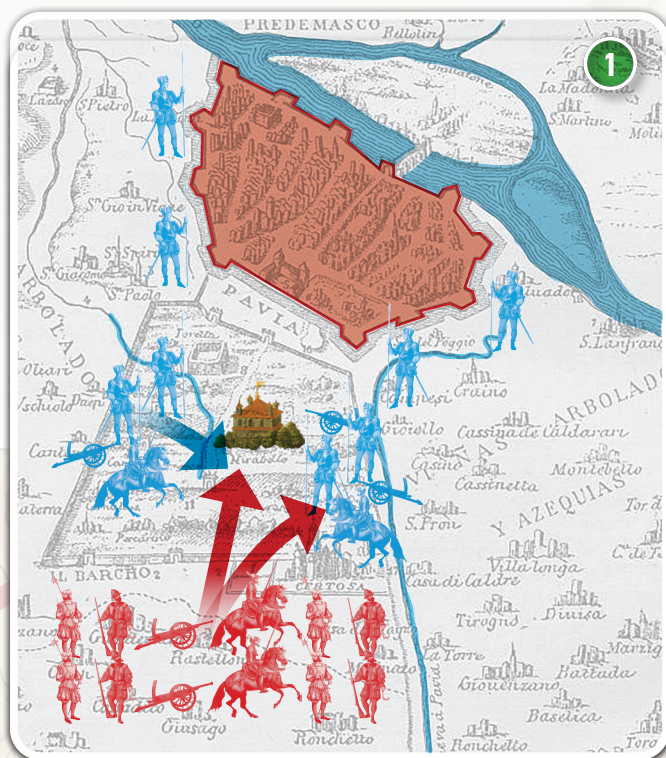
E. Varela (dibujo) y J. Carol (litografía)/Universidad Pública de Navarra

UN ÉXITO PARA LA HISTORIA

La batalla librada ante las murallas pavianas consagró a la infantería española como la espina dorsal de los ejércitos de la monarquía de los Austrias

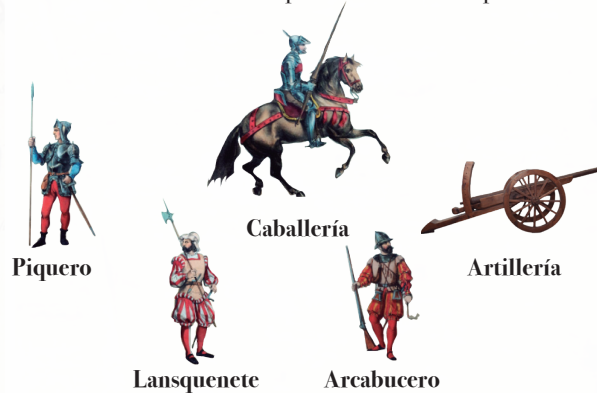
EN Pavía (1525) se libró el enésimo combate entre las monarquías española y francesa por Italia. Sin embargo, no fue una batalla más. Tras el descalabro de Francia en Bicocha (1522) se acrecentó el dominio español en el norte italiano, incluso, entró en la Provenza, franca. Su rey, Francisco I, contrató. Recuperó Milán y provocó el repliegue de las fuerzas del rey y emperador Carlos a Lodi y Pavía, ciudad que sitió, sin éxito, con un poderoso ejército. En apoyo de los suyos, acudieron los imperiales de Lodi reforzados con 12.000 hombres llegados de Austria. Juntos alcanzaron la victoria y prendieron al monarca francés.





UNIDADES EMPLEADAS EN EL COMBATE

Ambos contendientes desplegaron unidades de caballería, artillería e infantería en aras de alzarse con la victoria. Por Francia, entre otros, lucharon piqueros suizos y tropas italianas, aunque su fuerza más destacada fue la gendarmería, élite de la caballería franca, pesada, y muy bien pertrechada. En el bando imperial, brillaron los arcabuceros de Pescara, decisivos para el triunfo, mientras que los lansquenetes de Frundsberg fueron fundamentales a la hora de recomponer las fuerzas imperiales.



Pavía, 24 de febrero de 1525

1 Antes del amanecer las fuerzas imperiales (unos 20.000 infantes, entre ellos, los arcabuceros de Pescara y los lansquenetes de Frundsberg, y 2.000 caballos) entran en el parque de Mirabello, junto a las murallas de Pavia. Un grupo tomará su castillo y el resto de la fuerza atacará al grueso del ejército francés, liderado por su rey. Por el flanco derecho, este responde con 5.000 infantes y 1.000 caballos y, por el izquierdo, con artillería, 6.000 infantes y 3.000 caballos. 2 El éxito imperial sobre el centro del recinto contrasta con los problemas del contingente principal, frenado por los francos que, además, atacan su retaguardia por la derecha, generando desor-

ganización y el repliegue de la caballería. 3 Francisco I se ve en ventaja. Envía al frente principal a la gendarmería, pero la artillería ha de cesar el fuego para no herir a sus propias monturas. Los imperiales, por su parte, ganan efectivos: los arcabuceros de Pescara tras asegurar el castillo y la caballería, reorganizada con el apoyo de los lansquenetes de Frundsberg, que también ayudan a poner en fuga al frente derecho enemigo. Además, Leyva, jefe de la Pavia asediada, envía tropas de la ciudad para que los sitiadores no puedan unirse al rey. A las 8.00 de la mañana, los imperiales habían vencido y apresado a Francisco I.

HISTORIA

para distinguirse del enemigo, y lograron penetrar en el parque antes del amanecer. Sus fuerzas consistían en 20.000 infantes y 2.000 caballos.

Los franceses, alertados por sus centinelas, desplegaron rápidamente 5.000 infantes y mil caballos en su ala derecha, y 6.000 infantes y 3.000 caballos en la izquierda. Mientras tanto, otros 10.000 efectivos continuaron empeñados en el cerco de Pavía.

La vanguardia imperial se dirigió hacia el castillo de Mirabello, donde se creía pernoctaba el rey francés, mientras el grueso del ejército, formado en columna, marchó hacia el ala izquierda francesa, donde se hallaba realmente Francisco I.

Los arcabuceros españoles no encontraron gran resistencia y ocuparon fácilmente la pequeña fortaleza, amenazando con dividir al ejército enemigo. Pero el ala derecha francesa reaccionó con energía, y lanzó un ataque sobre la retaguardia imperial, desorganizándola y capturando sus cañones. Al mismo tiempo, en el otro flanco, la artillería gala disparaba resueltamente sobre las avanzadas imperiales, deteniendo su avance.

MOMENTO CRUCIAL

En tal situación, Francisco I creyó que el combate se inclinaba a su favor y se dispuso a dar el golpe de gracia con su gendarmería, la flor y nata de la caballería franca.

La carga del ala izquierda francesa fue imponente, pero los artilleros debieron suspender el fuego para no dañar a sus propias unidades.

La caballería imperial, principalmente española, salió al paso de la contraria y se entabló un duro combate que favoreció a los francos, más numerosos y mejor armados.

Pescara, observando que los caballos hispánicos empezaban a perder terreno, envió a sus arcabuceros para reforzar los flancos y permitir que los jinetes se recompusieran tras un arroyo que surcaba Mirabello.

Aprovechando el terreno boscoso y habiendo recibido la consigna de no hacer prisioneros, los arcabuceros empezaron a derribar impunemente a los caballeros franceses. Mientras, Frundsberg recomponía

la retaguardia imperial, poniendo en fuga el ala derecha francesa.

Leyva, informado del ataque general y a pesar de estar aquejado de gota, condujo también una vigorosa salida de Pavía para impedir que los enemigos pudieran enviar refuerzos al parque.

Hacia las 8 de la mañana, los franceses combatían en grupos inconexos, superados en todas partes por las tro-

pas imperiales, y ya sólo pensaban en abandonar el campo de batalla.

Francisco I buscaba también salir del parque, pero acosado por la caballería y bajo el fuego de la arcabucería acabó derribado y atrapado bajo su montura.

VICTORIA IMPERIAL

Tres españoles se disputaron el honor de capturar al monarca, a quien le cupo mejor suerte que a sus nobles, diezmos por la furia de los arcabuces.

Rendido el rey de Francia, batida su caballería y en franca retirada su infantería, la derrota se consumó con la desbandada de los mercenarios suizos a través del Tesino, que se convirtió en un verdadero desastre, elevando a 15.000 el número de bajas en el ejército francés, mientras que en el bando imperial se computaron en apenas el medio millar.

El balance de la campaña italiana y su desenlace en Pavía no pudo ser más adverso para Francisco I: su poderoso ejército, destruido; su nobleza, masacrada, y él, preso, en manos de su principal rival. Por carta confesó a su madre: «De todas las cosas, no he conservado más que el honor y la vida, que está salva».

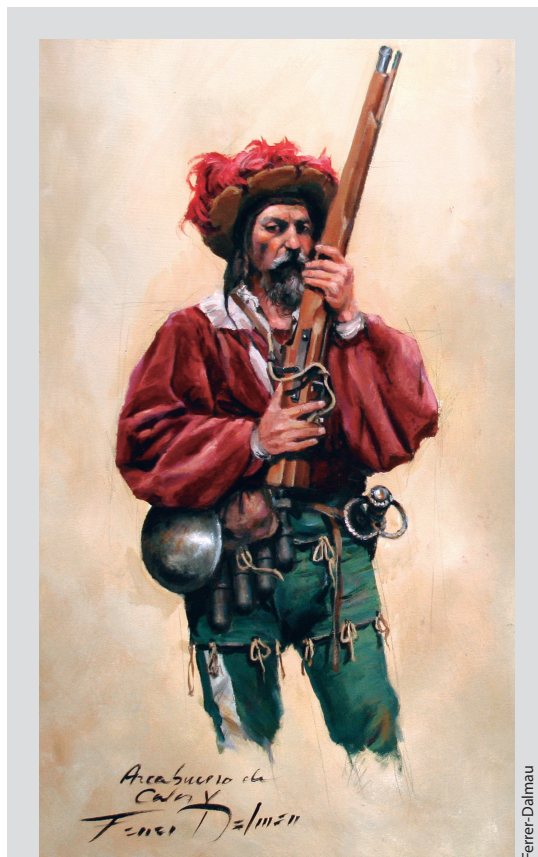
Enviado prisionero a España, firmó con Carlos V el tratado de Madrid (1526) por el que, a cambio de su liberación, renunciaba a sus pretensiones sobre Italia. Posteriormente, alegraría que se había visto forzado a rubricarlo y lo incumplió.

La guerra seguiría hasta que sus sucesores alcanzaron la paz de Cateau-Cambrésis (1559), que dejó Italia bajo dominio español.

Han transcurrido 500 años de la victoria de Pavía, una de las batallas donde la creciente potencia de fuego de la infantería española jugó un papel decisivo de la mano del marqués de Pescara.

Digno heredero de la concepción táctica del *Gran Capitán*, supo sacar el mejor partido a sus tropas por su valor personal y camaradería, haciendo de los españoles la espina dorsal de los ejércitos imperiales y contribuyendo a sentar las bases de un poder militar que mantuvo su hegemonía en Europa más de un siglo.

Germán Segura García



Los arcabuceros españoles, como el de la imagen, fueron decisivos en la victoria imperial; debajo, Paz de Cateau-Cambrésis (1559), que selló el dominio hispánico en Italia.

